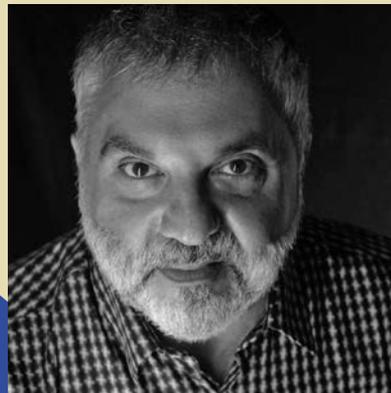


PORVENIR

La cultura en la
post pandemia

Alejandro Tantanian



Director, autor, docente, actor y cantante. Ganador de numerosos premios nacionales. Sus piezas han sido estrenadas en Argentina, Uruguay, Francia, Suiza, España, Italia, Bélgica, Austria y Alemania y han sido traducidas al inglés, francés, italiano y alemán. En 2010 fundó Panorama Sur, plataforma artística con sede en la ciudad de Buenos Aires desempeñándose como director artístico hasta el momento del cierre de la plataforma en agosto de 2019. Entre los años 2014 y 2016 fue Curador de Teatro del Museo de Arte Moderno de Buenos Aires (MAMBA). Entre enero de 2017 y enero de 2020 se desempeñó como Director General y Artístico del TNA / Teatro Nacional Argentino - Teatro Cervantes. En Argentina: *Sagrado bosque de monstruos* concepto de Oria Puppo y Alejandro Tantanian (*Teatro Nacional Argentino – Teatro Cervantes, 2018*); *Todas las canciones de amor* de Santiago Loza (*Paseo La Plaza, 2016*); *Beatrix Cenci*, ópera de Alberto Ginastera (*Teatro Colón, 2016*); *Patricio Contreras dice Nicanor Parra (2015)*; *Anything Goes* de Cole Porter (*2013*); *Nada del amor me produce envidia* de Santiago Loza (*2013*); *Los Sensuales* de Alejandro Tantanian (*2008*); *Cuchillos en gallinas* de David Harrower (*2006*); *Los Mansos* de Alejandro Tantanian sobre *El idiota* de Dostoievski (*2005*); entre muchas otras. En el Nationaltheater Mannheim, (Mannheim, Alemania): *Nie war der Schatten (No hubo sombra igual)* de Alejandro Tantanian (*2012*); *Die Dreigroschenoper* de Kurt Weill & Bertolt Brecht (*2010*); *Amerika* adaptación de Alejandro Tantanian de la novela homónima de Franz Kafka (*2009*), entre muchas otras.



Un árbol de voces

El hoy

Me invitan a escribir este texto y yo acepto. Recibo una serie de preguntas y, si bien no existe la obligación de responderlas, están ahí: observándome, interpelándome, obligándome a pensar a favor o en contra de ellas. Rápidamente me doy cuenta que no tengo las herramientas para responderlas. Las leo, una y otra vez. Poso mi vista en algunas: *¿Cómo va a ser el mundo después de la pandemia? ¿Qué rol puede ocupar la cultura en la ciudad post pandemia? ¿Cuáles creés que son las dificultades más apremiantes de esta crisis?*

No hay manera de poder articular un pensamiento cohesivo: alguna idea que lleve a otra. Un pensamiento motor, una iluminación, un golpe contra el suelo y ver. (Las autoridades judías le ordenan a Pablo de Tarso perseguir a todos los cristianos de la ciudad de Damasco. Camino a esa ciudad una luz celestial, un resplandor divino lo arroja del caballo al suelo y lo ciega. Una voz se deja escuchar desde el cielo: no solo Pablo la oye sino también aquellos que lo acompañan. La voz dice: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?». No está de más aclarar que Saulo era su nombre hebreo y Pablo su nombre romano. Pablo llega finalmente a Damasco donde visita a Ananías, quien, en nombre de Jesús y mediante una imposición de manos, le devuelve la vista). Si pudiera *ver* más allá de ver. Nada que corra el velo de esta realidad para permitirnos ver el después. La experiencia no ayuda. Lo vivido no ayuda.

Sin embargo, escribo.

Fragmentos, entonces

Nos prometieron una y mil veces que íbamos a salir de esta crisis, y de la otra, que lo peor pasará, que ya vendrán tiempos mejores, que de ésta salimos todxs juntxs, que no hay mal que por bien no venga, que estos tiempos son así porque los anteriores fueron críticos, que el Estado es de algunxs, que el Estado es de todxs, que el Estado es de pocxs, que hay Estado, que no hay Estado, que la lluvia traerá alivio a este calor sofocante, que va a granizar y que no va a granizar, que al que compró dólares se le devolverán dólares. Y así. Hoy nada de esto tiene sentido. Nadie esperaba esto. Y si alguien lo esperaba, prefirió callar. Nada de lo que nos fue dicho se parece a esto. Nada de lo que vivimos anteriormente se parece a esto. Y sin embargo nosotros, animales de costumbre, pretendemos explicar esto con las palabras de ayer: las palabras que tenemos. Las que usamos, las que nos legaron, las que están –sí, muchas de ellas– vacías.

Es el lenguaje, entonces, el que nos arroja a la incertidumbre: nombramos esta experiencia con palabras que no tienen memoria de esta experiencia.

O tal vez somos nosotrxs quienes no tenemos esa experiencia. El lenguaje sabe. Nosotrxs no.

Poder pensar el mañana es una manera de evadir el presente.

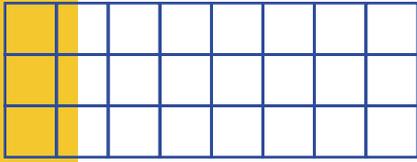
Y el teatro

Sófocles hace foco en una peste en Tebas. Edipo gobierna la ciudad. Lo que se pone a prueba es la responsabilidad de quien gobierna. La tragedia no se llama *Edipo incestuoso* o *Edipo asesino*, se llama *Edipo Rey*: prueba suficiente de que lo

que está en cuestión es el gobierno de Edipo, los límites de ese poder. La verdad sobre la peste, el lento camino hacia el origen de la verdad se construye a partir de diversos testimonios: primero el de los dioses, luego el de los reyes y finalmente el del pueblo. Los dioses se manifiestan en primer lugar a través del oráculo y a través de las palabras de Tiresias, adivino ciego y andrógino que vislumbra y mide el deseo femenino y el masculino. Tiresias es mediador entre los dioses y los hombres, su saber se inscribe en un espacio en el que el lenguaje de los dioses deviene terrenal: es él quien revela ante la incredulidad y la ira inmediata de Edipo que el único responsable de la peste es el mismísimo rey. La peste asola Tebas como castigo divino frente al asesinato del rey Layo, padre de Edipo, esposo de Yocasta y anterior rey en Tebas. Tiresias revela que el asesino de Layo es su propio hijo, confirmando aquel oráculo que signó el nacimiento de Edipo: aquel que decía que mataría a su padre y se casaría con su madre. La expulsión de Edipo al momento de su nacimiento pretende alejar el destino ominoso que parece cernirse sobre los reyes de Tebas. Layo, deshaciéndose de su hijo, no hace sino propiciar el cumplimiento del destino: nadie, dice Sófocles (y luego muchos otras más), es capaz de escapar de su destino.

Llega el turno de los reyes en el camino hacia la verdad. Dice Yocasta: “Ves bien, Edipo, que no has sido tú quien mató a Layo, contrariamente a lo que dice el adivino. La mejor prueba de esto es que Layo fue muerto por varios hombres en la encrucijada de tres caminos”. Y Edipo dice: “Matar a un hombre en la encrucijada de tres caminos es exactamente lo que yo hice: recuerdo que al llegar a Tebas, di muerte a alguien en un sitio parecido”.

El oráculo de Delfos y luego Tiresias construyen el primer acercamiento a la verdad; estas recién citadas declaraciones de Yocasta y Edipo completan el segundo círculo y tenemos ya casi resuelto el enigma. Sólo falta comprobar si es cierto



aquel primer oráculo recibido por Layo al momento del nacimiento de Edipo. Para esto se hacen presentes primero un esclavo de Corinto que revela que Pólipo, a quien Edipo consideraba su padre no lo era, y luego otro esclavo que asegura haber llevado al hijo de Layo y Yocasta al Monte Citerón para deshacerse de él. Queda así cerrado el tercer círculo y la verdad aparece: desnuda y cegadora. Yocasta se ahorca en su cuarto, Edipo descubre su cuerpo, lo desanuda, lo acuesta en el piso, arranca los broches dorados de entre las ropas de Yocasta y los hunde con violencia en las cuencas de sus ojos. Luego pide a Creonte que lo destierre.

Michel Foucault, en la segunda de sus conferencias agrupadas bajo el título *La verdad y las formas jurídicas*, plantea esta hipótesis sobre la pieza de Sófocles: para acceder a la verdad es necesario unir esos tres testimonios, el de los dioses, el de los reyes y el del pueblo. Una vez alcanzada esa verdad el castigo se retira del pueblo para posarse en el responsable del desastre.

Es posible pensar que la respuesta a todo esto que nos pasa tal vez se halle en la perfecta combinación de los saberes, responsabilidades y actos de todxs no-sotrxs. Ya no la culpa o el interés de algunx sino la conciencia plena de que *la forma de salir de esto* en lo que estamos, que no es sino una forma más elevada de *poder entender lo que nos pasa*, es idear un acto comunitario de salida, una manera nueva de pensar las responsabilidades, los límites, las pertinencias y las obligaciones de cada vector de esta comunidad a la que pertenecemos.

Demasiado trabajo, pienso. Imposible, me digo. Seguiremos siendo como somos, inseguro. Pero igual lo escribo, por si algún hechizo lograrse activarse frente a la palabra en el papel.

Está escrito.

El árbol de voces

“Es tanto lo que se desconoce que es fácil entender por qué una mayoría se ve obligada a hacer predicciones firmes sobre el futuro” - Judith Butler, en su entrevista con Carolina Keve para la Revista Ñ.

“El lenguaje es un virus del espacio exterior” – William Burroughs.

“La enfermedad es perfectamente humana, pues ser hombre es sinónimo de estar enfermo” – Thomas Mann.

La epidemia mundial de influenza de 1918 – 1919 mató a cuarenta millones de personas. Incluyendo a Apollinaire. Y a Egon Schiele.

Estos son algunos escritores que tuvieron tuberculosis: Rousseau, Goethe, Schiller, Walter Scott, Novalis, John Keats, Sören Kierkegaard, Charlotte Brontë, Emily Brontë, Anne Brontë, Walt Whitman, Fedor Dostoievski, Becquer, Robert Louis Stevenson, Anton Chejov, Maxim Gorki, Franz Kafka, D. H. Lawrence, Katherine Mansfield, George Orwell, Miguel Hernández.

“Hay que repensar el mundo y por qué luego de un mes o dos uno rápidamente entra en bancarrota” – Milo Rau, en su entrevista con Ivanna Soto para la Revista Ñ.

“Es un instante de enorme concentración histórica en el que hay que reconocer la catástrofe y al mismo tiempo visualizar las salidas. Conocer esas salidas es tarea poética, una salida de emergencia no es una puerta con un cartel que dice ‘salida de emergencia’. Los abogados y los poetas tenemos trabajo en esta cuarentena, tenemos que usar el tiempo para poner a punto nuestras herramientas” – Alexander Kluge, en su entrevista con Carla Imbrogno para la Revista Ñ.

El mañana

Poder pensar el mañana es, al menos, necesario.

Descubro esta foto en las redes sociales. Es del Berliner Ensemble: el icónico teatro que a la ribera del Spree y en la ciudad de Berlín luce su emblemático cartel luminoso giratorio y que supo ser el teatro de Bertolt Brecht, de Heiner Müller, de Peter Zadek. Templo del teatro alemán que hoy presenta su platea post pandemia: filas de butacas removidas por entero, lugar para uno o dos espectadores -nunca más de dos- reduciendo su capacidad a un tercio del total. Me aferro a esta imagen, la observo de manera sostenida, la pongo como fondo de escritorio en mi computadora, me pierdo en ella como un pintor de íconos se pierde en lo que pinta, dialoga con su obra, encuentra una respiración, parte de su aire deviene aire del ícono que pinta, el pintor de íconos ora mientras crea, construye su ícono en oración, en silencio, va construyendo esa imagen que quedará habitada por ese vínculo secreto y silencioso entre el autor y su obra, así miro esta foto, tratando de entender lo que el futuro trae, lo que el futuro –parece– ya decidió por nosotros. El Berliner se prepara para abrir sus puertas en unos meses (las temporadas en Europa se

inician en septiembre u octubre). Va a iniciar su temporada 2020 – 2021, prepara su platea para esa ocasión. Nada dice de cómo deberán comportarse los actores. ¿Estarán condenados a actuar a distancia? ¿Sólo harán obras en los que los personajes se hundan en montañas de tierra o habiten tachos de basura? Distanciados socialmente, claro. Beckett parece volver a escribir sus textos. O tal vez la inmovilidad y la máscara sin expresión de los personajes



tratados por Robert Wilson sean el actor del futuro, o el actor marioneta de Gordon Craig, o el teatro de objetos o las creaciones inquietantes de Susanne Kennedy que hace tiempo viene proponiendo cuerpos inertes en escena con textos pre grabados: suerte de androides replicantes confinados en espacios inmensos en obras de extensión elefantiásica. No lo sé. Pienso el futuro con las herramientas del presente y el presente de nuestro país difiere tanto de lo que será posible en el centro de Europa. No pierdo las esperanzas (el ícono sigue dándome fe) pero tampoco puedo nombrar claramente el futuro: las condiciones materiales que tendremos en la escena teatral serán inexorablemente más deficientes que las que teníamos antes de la pandemia, volver a pensar nuestra actividad será una tarea que –ojalá– podamos asumir de manera conjunta (un poco a la manera de la hipótesis alrededor de *Edipo Rey*). Pensar en lo que viene con nuevas herramientas. Tal vez sea tiempo de cuestionar el edificio teatral (entre muchas otras cosas, claro). Y cuando nombro el edificio teatral me refiero al teatro a la italiana, a esa manera de concebir la relación platea – escenario, más allá de las dimensiones de esos espacios: grandes, inmensos, pequeños, ínfimos. Poder comenzar a diseñar los edificios del siglo XXI. Dar un paso. Ir más allá.

Veía hace unos días una noticia en donde se mostraba cómo sería el verano en Italia, la posibilidad de una playa en Italia, mamparas de cristal rodeando una repesera, el mar a través del vidrio, solo el techo de esa caja de cristal abierto para que entre el sol, la necesidad de solicitar turnos, la imposibilidad de estar junto a otras personas; en fin: la ilusión de estar igual que siempre, la certeza de que nada cambió, de que podemos tomar sol frente al mar como si nada hubiera pasado. Nada de lo que promete esa experiencia se parece a lo que conocemos como ir a la playa. Sin embargo, nos dice la noticia, ir a la playa será posible: como antes, como siempre. Creo que no. Que eso que prometen no es lo que solíamos hacer.

Por eso se torna imperioso volver a pensar qué es el teatro, para qué sirve, de qué está hecho, para quién.

Para no terminar construyendo algo parecido a esa playa italiana.

El deseo

Antes de cerrar este texto quisiera formular un deseo para todos aquellxs lectorxs. Va encerrado en estos versos que escribió Daniel Defoe y que cierra a su vez su maravilloso *Diario del año de la peste*. Mi deseo es que cada uno haga propia esta cuarteta:

*“Terrible peste a Londres asoló
en mil seiscientos sesenta y cinco.
Cien mil almas se llevó,
ipero yo sobrevivo!”* ◆